

# **El huracán rojo. De Francia a Rusia 1789-1917, de Alejandro Horowicz (2019)**

Buenos Aires, Argentina: Editorial Crítica.

## **Reseña por Cristián Sucksdorf**

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Las cosas ocurren en el presente. La historia, también. Es cierto que su objeto es el pasado, y que la reflexión, según contaba Hegel, no levanta vuelo hasta el anochecer, cuando todo ha sido consumado; pero no por esto la reflexión histórica deja de ser una acción del presente (no hay otros tiempos para la acción reflexiva) acción que supone detectar las huellas del pasado en el presente en curso. En toda reflexión histórica laten dos tiempos simultáneos, el pasado estudiado y la actualidad desde la que se lo vuelve a interrogar. Para inteligir *El huracán rojo. De Francia a Rusia 1789-1917. El doble poder: instrucciones de uso* (Alejandro Horowicz, Crítica, 2019, 512 páginas) debemos partir de identificar los parámetros actuales de esta reflexión siguiendo el hilo rojo de la lucha de clases que, desde la Revolución Francesa, va dibujando para Horowicz su contratrama.

Esta actualidad no se debe tanto al centenario de la Revolución Rusa, que como todo aniversario de números “redondos” suele ser una buena excusa para volver a un tema, sino fundamentalmente al intento de liquidar la revolución como problema que anima buena parte de las reflexiones en boga. Ya desde la caída del Muro de Berlín la palabreja se volvió al menos incómoda. Algunos la pronuncian no ya como el nombre de un conjunto vibrante de esperanzas y esfuerzos, sino como nostalgia inconducente. Otros, desde épocas y tradiciones muy distintas (desde Nicolás Casullo en 2004 a Byung-Chul Han en 2014) la declaran imposible o tan solo un acontecimiento de museo. Liquidar la “idea” de revolución resulta el camino corto para desechar como “error histórico” a la Revolución Rusa, transformándola al mismo tiempo en farsa y tragedia.

Estos abordajes tan diversos contienen sin embargo un punto común: no aportan a la inteligibilidad de la revolución y sus procesos, más bien parten de los intentos de este presente por desentenderse de ella. Contra este contexto, contra esta catarata de chatarra reaccionaria debemos entender la apuesta de Horowicz: comprender la trama que va de la Revolución Francesa a la Rusa, a través de un sistema conceptual específico, fechado, para construir los límites y el contorno de la idea de revolución como problema de la teoría crítica.

El libro se estructura en cuatro partes. La primera trata la Revolución Francesa y el problema del doble poder. La segunda, sobre el debate en torno al *Manifiesto comunista*, y los procesos de 1848 y 1871. La tercera se detiene en la discusión sobre la excepcionalidad de la estructura de propiedad agraria en Rusia (el mir) para un tránsito rápido al socialismo, y los distintos modos en que estas posiciones se articularon políticamente en el siglo XX. La cuarta parte, finalmente, se avoca a comprender la Revolución Rusa desde la confluencia de los problemas de las tres anteriores. Veamos muy brevemente esos problemas.

El centro de la primera parte es entonces el concepto de doble poder. Y acaso deberíamos pensar que lo es también del libro. La trama de la Revolución Francesa muestra que una revolución ocurre cuando se conforma esa excepcional constelación histórica que organizan dos poderes en pugna, y no se repite bajo ninguna otra circunstancia. Un conflicto de poderes que no está en las expectativas previas de nadie, y que incluso no es reconocido por muchos de sus protagonistas. La Asamblea Nacional (y su brazo armado, la Guardia Nacional) no constituyen por sí el doble poder, sino después de la revuelta que toma la Bastilla. Antes la asamblea estamental debe transformarse en nacional, para que los márgenes reales de la acción marchen hacia el fin de la monarquía. El doble poder es entonces necesariamente popular, al punto que la Asamblea y la Guardia Nacional se piensan a sí mismas con la difícil tarea de resistir y reencausar esa potencia, que lenta pero irrenunciablemente marca límites a su andadura hasta que logra imponer también el ritmo y la coloratura del proceso.

El doble poder aparece entonces como un juego de fuerzas entre dos polos opuestos. Por un lado el poder del rey, su cuerpo político, como soberanía sobre el reino; por el otro, la capacidad de los cuerpos populares de torcer el rumbo. Ese contrapoder, para ser más exactos, descubierto primero como desobediencia en la toma de la Bastilla bloquea por abajo los intentos de desandar por arriba los cambios que contiene la revolución burguesa. Una Asamblea Nacional que busca absorber la potencia de ese contra poder plebeyo, al mismo tiempo que trata de impedir la reunificación del individuo Luis XVI con el poder regio; es decir, con su cuerpo político, una explicación que realiza Horowicz a partir un uso sumamente fértil del esquema de *Los dos cuerpos del rey* de Ernst Kantorowicz. Esa separación entre los dos cuerpos del rey será la consecuencia primera del doble poder, la segunda es el fracaso de la Asamblea Nacional como fuerza equilibradora. La lógica del enfrentamiento se impone

como extrema separación entre Luis XVI y el poder regio, limitando la posibilidad de la Asamblea para limar la potencia revolucionaria de las masas plebeyas, como también del poder aristocrático contrarrevolucionario, hasta obligar a las masas a asumir el contrapoder que han inaugurado y del que no reconocían en sus plenas consecuencias. Un ejemplo ilustra: las vivas a la Nación iban acompañadas de las vivas al Rey de Francia, hasta los últimos momentos de su investidura.

La manifestación de ese doble poder alcanza su clímax en la “traición del Rey”. No por el hecho de que Luis XVI hubiese conspirado, estaba en la naturaleza de las cosas, porque en tanto que Rey no podía sino conspirar, y entonces su mera existencia suponía que el doble poder se resolvía a favor de la restauración o doblando la apuesta de la revolución en dirección a la guillotina. El resultado: el fin simultáneo de los dos cuerpos del rey, la república como nuevo orden político. La lógica del doble poder termina siendo el corazón secreto de la revolución. Por lo que solo la intervención de Napoleón pondría fin a ambas instancias: la revolución era sucedida por el imperio y el poder volvía a ser uno y centralizado. Esto no solo no mermaba el nuevo ordenamiento burgués de las clases de Francia y Europa, sino más bien lo sellaba.

La segunda parte del libro apunta al ciclo comprendido como cruce de dos ejes. Por un lado, las jornadas revolucionarias y de revueltas europeas de 1830, 1848 y 1871; por el otro, el contrapunto entre el *Manifiesto comunista*, sus diversas relecturas y esos sucesos. Debemos centrar nuestra atención en el análisis de la heterogeneidad de un ciclo que pone en pie de igualdad, aunque como choque de posiciones irreductibles los hechos políticos (especialmente 1848 y 1871), y los discursos (el *Manifiesto* y sus polémicas). No se trata de que durante la Revolución Francesa no jugaran un papel importante los discursos políticos y teóricos (la Enciclopedia se convierte en una expresión condensada de las estructuras de sentimiento desde la nace la revolución), sin embargo no puede equipararse la toma de la Bastilla a ninguna discusión teórico-política. La explicación no es fácil encontrarla en ese ciclo, sino en el siguiente, es decir en la relación entre 1848 y 1871 con el *Manifiesto*. En los sucesos de este nuevo ciclo histórico no se conforma ningún momento de doble poder, por lo no podrán constituirse como revoluciones, ni siquiera como revoluciones derrotadas. El debate ocupará entonces un papel fundamental: ¿cómo reutilizar el *Manifiesto comunista* una vez constatado el fracaso de 1848? La solución que decanta será el corazón de la política de la segunda internacional: separar el análisis objetivo de las tendencias del capital auscultado por Marx de la voluntad revolucionaria. La voluntad revolucionaria (no el voluntarismo) será caracterizada entonces de blanquísimo y enterrada junto a la derrotada Comuna de París en 1871; el análisis objetivo, expurgado de su voluntad revolucionaria, se convertirá en la mitología de las “leyes de la historia”. Nace así la ortodoxia “marxista” como la administración de una revolución necesaria y lógica, pero carente de dinámica política y social. Por lo tanto, una revolución que solo podrá ser esperada a futuro indefinido. La descomposición de tal lectura, el revisionismo, opera la conversión de la espera de una revolución innecesaria en fe automática en el progreso, pasando de la insurrección al parlamentarismo con su lógica de reformas adocenadas. Esta separación reduce la potencia febril del *Manifiesto* a fantasmática tradición que no será revitalizada hasta el ciclo histórico siguiente. Pero abre también paso a un movimiento siniestro: al recostarse en el desarrollo capitalista como aquel que traerá la revolución automática (Kautzky) o la reforma inevitable (Bernstein) se abandona toda política de defensa de los sectores campesinos azotados por la tendencias objetivas del capital, facilitando el anticapitalismo teológico de los imbéciles: la contrarrevolución antisemita.

En la tercera parte se articula el debate donde se gestará la recomposición de un nuevo ciclo revolucionario. La pregunta por la especificidad de Rusia y su estructura agraria; es decir, ¿puede Rusia saltarse la etapa de expropiación capitalista de la propiedad comunal del campo (*obshina*), que debieron transitar en su modernización los países europeos occidentales? ¿Hacer el tránsito al socialismo desde esa especificidad, o por el contrario, el socialismo necesariamente suponía la anterior etapa capitalista recorrida en Inglaterra? Pero no se trata aquí simplemente de un debate teórico, porque las respuestas que se den a esta cuestión pondrán nuevamente el eje en la voluntad o la espera revolucionaria. Marx escribe en la famosa carta a Vera Zasúlich una respuesta que deja clara su posición “blanquista”, es decir que la revolución no supone un mecanismo automático de estructuras, sino lo que con estas estructuras se hace. Engels queda en este punto (sin saberlo, porque esa carta no tiene circulación) alejado de su amigo en la cuestión rusa, y más pegado a la versión quietista de la socialdemocracia. Será Lenin quien abra desde su interpretación de la revolución democrática burguesa un nuevo modo de articular la lectura objetiva de la realidad con la voluntad revolucionaria del socialismo. Es entonces que se prepara el surgimiento de un ciclo en el que el doble poder otra vez ocupa el centro de la escena.

Para la cuarta y última parte, doble poder equivale a poder soviético. Así como la Revolución Francesa dio lugar a una guerra a escala europea, a una coalición contrarrevolucionaria, la Primera Guerra Mundial imperialista abrió paso a una guerra civil europea. Rusia fue el primer eslabón de esa guerra, y el partido bolchevique el instrumento con que la potestad popular, el derecho de la mayoría a decidir, se transformó en auctoritas del Ejército Rojo. Lenin expresó esa tendencia anticipando la necesidad de transformar la guerra imperialista en civil, su célebre guerra a la guerra; pero la contrarrevolución europea terminó por imponerse con las victorias de Mussolini, Hitler y Franco; entonces, la Segunda Guerra Mundial, con su ordalía de barbarie sanguinolenta, bloqueó definitivamente los Estados Unidos Socialistas de Europa defendidos por la III Internacional.

Los problemas no resueltos por la derrota de Octubre nos hacen saber que la historia insiste. No lo hace clonando respuestas, y Horowicz nos dice que esperar la duplicación de un fallido no es más que otra versión de la nostalgia, pero que enterrar la idea de transformación revolucionaria supone condenarse a no entender la marcha de la crisis global en curso.